

## **V Congreso de Historia Regional**

Junta de Estudios Históricos de Neuquén

Junín de los Andes, Neuquén - Septiembre de 2005

Ponencia de **Luis Felipe Sapag**

Miembro de Número de la Junta de Estudios Históricos de Neuquén.

Doctorando en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales de Argentina (FLACSO).

### **¿Se extinguieron los pehuenches? Hipótesis: viven en los genes y la cultura de los *veranadores***

Resumen:

Importantes investigadores dan por sentada la extinción de los pehuenches como raza o como etnia, partiendo de enfoques basados en las “esencias” genéticas y culturales, así como en la evolución por aculturación. La casi inexistencia de reservas indígenas en todo el departamento Minas de Neuquén parece confirmar la hipótesis.

Un análisis histórico cualitativo, basado tanto en fuentes secundarias como en el directo relato de los descendientes de los linajes fundadores de los *veranadores* del Alto Neuquén, muestra que es plausible otra explicación: la indiscutida declinación de la antigua presencia política, militar y productiva de las tribus pehuenches constituyó un proceso de hibridación hispano-chilena-pehuenche marcado por la consolidación de la trashumancia como eje articulador de una nueva cultura, la que conserva destacados diacríticos étnicos de los pehuenches, como animismo religioso, medicina ancestral, términos lingüísticos, formas productivas y artesanías.

Si como “indios” la sobrevivencia era inviable, como “blancos” y cristianos, aún sospechados de “chilenos”, su presencia fue tolerada, bien que condicionada a la subordinación al orden y el imaginario republicano. Sin embargo, la conjunción de trashumancia y marginalización dieron lugar a la consolidación de los *veranadores* como comunidad afincada en un espacio singular, un nicho social de características destacables, hoy reconocido como legítimamente neuquinos.

En el presente los *veranadores* se enfrentan a los desafíos de la globalización. En ese trance y entendidos en su dinámica de transformación étnica, se comprende que comiencen a recuperar las identificaciones indígenas hasta ahora reprimidas y olvidadas.

## Teoría de la extinción

En el Tomo IV de su monumental obra, Gregorio Álvarez (1971-1991) titula un artículo: *Acciones que llevaron a la extinción de los pehuenches*. Allí se enumeran las numerosas batallas con las que las fuerzas chilenas fueron desgastando la alianza que establecieron con las montoneras realistas de los hermanos Pincheira:

En enero del mismo año (1832) el general chileno Bulnes invade al frente de un ejército el suelo argentino, por el paso de las lagunas Epu Lauquén, en el norte del Neuquén, y extermina por sorpresa a la horda pincheiriana. En esta acción mueren Neculmán, Coletto y Trequemán, que eran los más prestigiosos jefes pehuenches que quedaban.

Con las precedentes acciones quedaron completamente exterminados los pehuenches. Fueron víctimas de montoneros de raza blanca, que los condujeron por sendas no previstas, de oprobio y de vergüenza" (Álvarez, Tomo IV: 81 y 82).

En oposición a la contundente afirmación de que los aborígenes del Alto Neuquén "quedaron completamente exterminados", es evidente que el proceso que llevó a su declinación requiere una elucidación más profunda que la explicación basada en la simple y directa extinción por eliminación física o absorción por mestización. No fueron tan lineales ni simples los sucesos; incluso es erróneo que tal extinción se haya consumado, aunque las matanzas fueron mayúsculas -Feliciano Purrán y sus mesnadas en la década de los años 70 del siglo antepasado son una categórica refutación-. Veamos:

Los crianceros que emigraron desde Chile a partir de la instalación de los seguidores de los hermanos Pincheira en 1820 y los estancieros que le sucedieron hasta la Conquista del Desierto se localizaron en *puestos* agrícolas esparcidos a lo largo de los valles y cajones montañosos, en los que desarrollaron una economía periférica con poca capacidad para acumular excedentes. Fue (es) una organización comunitaria segmentada, centrada en las familias (una en cada *puesto*), combinando técnicas agrícolas y sedentarias con prácticas ganaderas trashumantes, estructura que se mantuvo con escasos cambios hasta la llegada de la modernidad en 1963 -luego sólo sobrevivió la trashumancia, desapareciendo casi totalmente la agricultura-, lo que fue descrito en literaturas de diversa índole (Alegría, 2002; Barrado [Director], 1988; Bendini [Directora], 1985 y 1994) y que pude ratificar gracias a la memoria de los pobladores. Esa ocupación capilar de las fracciones fértiles fue

realizada coordinadamente con las tribus pehuenches, que recibieron de buen grado a los crianceros. Con la acogida de esa corriente étnica se consolida un proceso de interculturalidad que subsumió las diferencias en una nueva aboriginalidad, no marcada por la condición racial de la “pehuenchidad”, sino por la asimilación a la cultura híbrida de los veranadores, autoreferenciados como “blancos” y “cristianos” y así reconocidos por las corrientes hegemónicas arribadas desde el Este. ¿Cómo se concretó la tan trascendente como silenciosa maniobra? Las historias de los linajes de los puesteros, reconstruidas principalmente con los testimonios de los descendientes registrados en el trabajo de campo de mi tesis, permitieron detectar la puesta en acción por los pehuenches, desde la derrota de Purrán en adelante, de una amplia y silenciosa estrategia: el cambio de sus nombres por apellidos españoles y la adopción del cristianismo, lo que automáticamente cambió la percepción externa sobre su raza, evitando la consumación de las exterminaciones.

### **Teoría de la sublimación**

Desde mediados del siglo XVIII se verificó una progresiva mestización mediante la incorporación de muchos criollos y soldados españoles a las tribus y la asimilación biológica a través de los hijos que tenían con las cautivas blancas. Paralela y consecuentemente, la adopción de nombres y costumbres hispánicas por muchas de las familias pehuenches y el sincretismo religioso que trajo la fuerte presencia de los *patirus* (sacerdotes), llevó a una progresiva hibridación cultural. Todo el proceso de fusión biológica y cultural se desarrolló apoyado por la bonanza económica que significaba el tráfico de ganado desde las pampas hasta la Araucanía, negocio en el que estaban asociados los blancos de Chile y los aborígenes de ambos lados de la cordillera. Es fácil entender que la voluntad guerrera pehuenche por mantener el estatus colonial no se debió a un engaño de los montoneros, sino que respondió a su realidad y a su cultura, sostenidas por hábitos largamente madurados. Con Purrán, lejos de haber sido eliminados, los pehuenches tuvieron su época de gloria, nunca fueron tan fuertes ni tan bien considerados por la sociedad hegemónica. Aún cuando, con el advenimiento de la república chilena, dejaron de ser reconocidos como nación soberana, su papel de custodios de las fronteras de la Araucanía, de eficaces intermediarios en el comercio ganadero y de socios de los intereses

del poder, los mantuvo como actores eficientes del nuevo orden. En ese período la hibridación se acentuó: ya no sólo hubo mestización, por primera vez los “blancos” (en realidad mestizos) ingresaron a la *mapu* (la tierra) y se radicaron con sus explotaciones y sus familias en los mejores valles. Los estancieros eran sus socios arrendatarios y los crianceros convivían con las tribus, con formas de vida que pasaron a ser las mismas. Las viviendas dejaron de ser toldos desarmables de cuero, para convertirse en chozas de adobe y techo de carrizo, a la vez que la trashumancia se consolidó, desplazando definitivamente al antiguo nomadismo huarpe. Pero todavía seguía siendo una sociedad aborigen, con jefes, códigos e identidad aborígenes.

Con la “perdición argentina” (así llamaron los crianceros a la invasión del Ejército Nacional, tal como consigna Gregorio Álvarez en su libro *El Tronco de Oro* [1968]) se produjo un cambio disruptivo. Ya no hubo margen para mantener la aboriginalidad, pues el ejército tenía dos mandatos claros: afirmación de la soberanía y limpieza étnica. La primera era imperiosa para incorporar las tierras en disputa con Chile a la égida nacional; el funcionamiento y la expansión de los mercados de la tierra y de sus productos exigían la autoridad irrestricta de Buenos Aires. La segunda era vista como necesaria y absoluta, los aborígenes se resistían a aceptar las relaciones económicas y políticas nacionales en oposición al ideario iluminista predominante, que creía en la inevitabilidad del progreso y la razón occidental. Sólo la piedad de los sacerdotes impidió el exterminio total, una misericordia que les otorgó el derecho a vivir en la sumisión a los evangelios y al poder instituido, reclusos en desprotegidas reservas o marginados y excluidos en los intersticios de las aglomeraciones urbanas.

### **Teoría basada en datos**

No es fácil ni pretendo agregar más literatura al drama del implacable acoso que sufrieron los pueblos originarios en la Argentina. Sí puedo aportar la descripción del método que espontáneamente encontraron muchos grupos pehuenches para huir de la expropiación de sus tierras y del latrocinio, para escapar de la muerte o de las humillaciones, quizás peores

que aquella, del desgarramiento de sus familias y de la explotación en condiciones de esclavitud en minas, estancias y servicios domésticos.

La mestización, la hibridación y la sincretización que se venían dando entre españoles, criollos y pehuenches, fusionados en la cultura trashumante que maduraron a lo largo de más de dos siglos, llegó a su sublimación con la progresiva conversión de pehuenches en crianceros “blancos y cristianos”, obligados a semejante transformación para poder sobrevivir. Ese proceso de transmutación tuvo su climax hace poco más de cien años, por lo que se conserva en la memoria de los descendientes. El primer indicio me lo dio mi compañera, Violeta Acuña, en el año 2001, según tengo anotado en mi Libro de Notas de Campo (LN): “Mi abuela era mapuche, tenía apellido Acuña, pero venía de familia mapuche. Sus rasgos indígenas eran inconfundibles”. Luego Alfredo Urrutia, ex intendente de Las Ovejas y criador de ovinos, en el 2004 fue enfático: “Los Antañir son parientes míos. Un día cayó uno de los hijos del cacique y me dice: ‘Vos sos primo mío, che. Muchos de mi familia somos primos tuyos’. Te digo, en esos casos fue algún Urrutia, creo que fue mi abuelo, que se metió en la tribu, pero hay muchos que tienen apellido cristiano pero son indios” (LN). En el 2007, en un intercambio epistolar con Pablo Melipil, *lonco* de la comunidad pehuenche Mapudugún, del sur de Mendoza, esté escribió: “Nuestra historia es muy diferente a los mapuche del sur, fuimos perseguidos por estos mapuche, en la época de la Campaña del Desierto y por los ejercito de Argentina y Chile, también (sufrimos) un proceso de mestizaje y cambio de apellido para sobrevivir” (LN). Consulté vía mail con el ex-sacerdote Isidro Belver, quién me expresó en el año 2007:

Con respecto a la “desaparición” de los pehuenches, totalmente de acuerdo con vos. Creo que la táctica fue quedarse como *huinca* y esto lo noto en los informes de los misioneros que comienzan hablando de los “indios” (1882), que encuentran primero en Ñorquín. De a poco la palabra va desapareciendo de sus informes y terminan hablando de los “colonos de Malbarco”. Se sigue informando pero sobre los “indios” del sur neuquino, especialmente centrados en Junín y alrededores. En el norte sólo se nombran como pobladores chilenos o “naturales”, pero agropecuarios. Vos conocés bien cómo se definieron los actuales asentamientos (reservas) indígenas de la provincia –para mí un tremendo error cultural producto de un sentimentalismo más que la realidad o necesidad-. Esa división terminó de hacer desaparecer a los pocos pehuenches legítimos que quedaban englobándolos como araucanos y luego mapuches. En el norte, los últimos pehuenches originarios son los de (el

paraje de) Los Miches, los Antañir y Pilquiñan. (Antonio) Gorgni<sup>1</sup> me decía que todos los pobladores de Butalón con nombres como Zúñiga, Retamal, Sepúlveda... eran pehuenches de carne y hueso “disfrazados de blancos”. Al igual que la gente antigua de Guañacos, emparentados con algunos de los soldados del fortín. Esta apropiación de nombres, comienza con Havestadt y Espiñeira cuando en el (río) Reñileuvú, cerca de Pichachén, bautiza unos indios que reciben el apellido de los soldados “padrinos”, San Martín y Saez.... Y tenés que recordar que por el paso Pichachén hubo mucha influencia social, humana y cultural e intercambio de “sangres”. El caso más evidente, que vos conocés es el de los huarpes de Mendoza y que para mí son realmente pehuenches (LN).

Hay más: Rafael Cayol informa que “según el Dr. (Gregorio) Álvarez, el padre José de Zúñiga [...] hacía Zúñigas a todos quienes bautizase” (Cayol, 1985: 39), y que “el verdadero apellido de don Manuel Cabral era Carinao” (Ibidem: 44). No se aportan las fechas en que se habrían producido esas conversiones, pero teniendo en cuenta la trayectoria de vida de Álvarez, nacido en el departamento Ñorquín en 1898<sup>2</sup>, su observación sobre la producción en serie de los Zúñigas pudo acontecer ente la primera y la tercera década del siglo pasado.

No sólo cambiaron de designación las personas, también otros sujetos sociales debieron adaptarse a la transmutación racial. De tal manera las *machis* pehuenche-mapuches, el único recurso medicinal que dispusieron los veranadores por mucho tiempo, se convirtieron en las *meicas* de los *veranadores*. Pero no cambiaron fueron heurísticas curativas, mezcla de conocimientos ancestrales sobre yuyos y ungüentos con ceremonias religiosas para invocar a los buenos entes espirituales, capaces de ahuyentar a los malos.

Algo parecido también ocurrió con los mitos: los hechizos de los *chenques* (cementeros) aborígenes son los mismos que afectan a los entierros de los veranadores, los

---

<sup>1</sup> Antonio Gorgni fue el primer médico contratado por el Estado provincial que en 1962 se asentó en la zona norte de Neuquén. Tenía formación de investigador, por lo que aportó importantes conocimientos sobre la situación socio-sanitaria de la región (COPAIDE, 1964).

<sup>2</sup> Hijo de madre aborígen, ¡de apellido Sandoval!

*rigal* plata. En la práctica de la trashumancia y la ganadería quedaron huellas indelebles: las *chiuas* y las boleadoras al estilo indígena, especialmente en el segmento territorial de Coyuco y Cochico no dejan lugar a dudas.

Los datos son significativos: se trata de información cualitativa, imposible de detectar mediante métodos cuantitativos, que permite conclusiones importantes. Las estrategias del pasado (procreación con las cautivas, cristianización), la asimilación e incorporación de elementos biológicos y culturales de los ajenos enfrentados con los propios, dieron paso a la transformación de éstos en aquéllos, al giro de los procesos de absorción en su contrario, la expulsión de la antigua pertenencia racial. Lo asimilado se expandió hasta convertirse en la nueva identidad, en un dramático giro que expulsó la pehuenchidad definitivamente de su ser. Se trata de un ejemplo destacado de construcción social de la raza, que en este caso, lejos de ser una cualidad esencial y biológica, fue definida por un proceso de transculturación en pos de la supervivencia.

La trascendente maniobra pudo efectuarse porque durante mucho tiempo los aborígenes, individual y colectivamente, fueron incorporando nuevos elementos distintivos: el color de la piel se fue aclarando, el lenguaje se fue castellanizando y los ritos se fueron cristianizando, mientras la ropa, la vivienda, el arte y los estilos productivos fueron adoptando formas hispánicas y criollas. Pero mientras sus gentilicios eran Cheuquel, Maripil, Curinao y similares, seguían siendo pehuenches; el reemplazo por Acuña, Sandoval, Zúñiga y por el estilo fue el pequeño gran paso que les permitió su asimilación a la comunidad de los crianceros. No se trataba de un “disfraz”, como expresara Belver, porque esas características son ínsitas a la condición de puesteros “blancos”, y ellos las poseían de pleno derecho; el cambio de apellido fue de una decisión sin retorno: una vez adoptado fue para siempre, mientras que un disfraz puede quitarse en cualquier momento.

Con esa irreversible determinación eliminaron la estigmatización absoluta de su otreidad externa respecto de la cultura hegemónica en tanto “indios salvajes”,

incorporándose a la otredad interna y relativa de los *veranadores*, una diferencia problemática, pero no absoluta, posible de manejar en función de los atributos de “blancos y cristianos”, marcas distintivas de la cultura dominante. La dificultad que subsistía (y que, en menor medida, subsiste) tanto para los originales de raigambre española y criolla, como para los conversos pehuenches, era la sospecha de su chilenidad. Ser *veranadores*, puesteros o crianceros conllevaba la señal de provenir del Oeste, no del Este “civilizador”, de poseer lealtades e intereses contrarios al ideario del progreso y a la soberanía en expansión de la Argentina. Pero, genuina o simuladamente, adoptaron las formas y los imaginarios del nuevo poder, superando paulatinamente la cuestión. Con las generaciones, la identificación argentina se fue consolidando y asumiendo legítimamente, aunque los crianceros conservaron cultura y relaciones comerciales y familiares trasandinas.

Ahora cabe preguntarse: la mutación señalada, ¿no constituyó la eliminación racial por absorción de los pehuenches? ¿Tendrá razón Gregorio Álvarez cuando los declara extintos, sólo que no fue únicamente por eliminación física? Hay motivos que van por la afirmación: en toda la zona norte, en los departamentos Minas, Chos Malal y Pehuenches, región del antiguo señorío aborígen, quedó una sola agrupación, Antañir-Pilquiñán, en el sur del primero de dichos departamentos, la que hoy cuenta con poco más de 200 personas. En el área de Ñorquín existen tres de las más antiguas reservas: Huaquillán, Millaín Currical y Manqui, las que suman menos de 1.000 personas (Curruhuinca y Roux, 1993). Si eso no es extinción, está muy cerca, amén de que sólo los Antañir se asumen como pehuenches, mientras la gente de Ñorquín se reivindica como mapuche (LN).

También se puede argumentar por la negativa: los pehuenches viven en la piel, la vida y la tradición de los crianceros del Alto Neuquén. Su arte (textiles, orfebrería, trabajos en cuero), su religión (animismo sincretizado con cristianismo), su medicina ancestral, parte de su lengua, sus métodos productivos pastoriles y sus genes están presentes en ser y el *habitus* de los veranadores y la sociedad articulada alrededor de ellos, constituyendo una aboriginalidad en proceso de cambio continuo. Mestización e hibridación, amén de la

pérdida del gentilicio, no implica desaparición, sino transformación étnica, un destino del que no está exenta ninguna comunidad del planeta.

### **Teoría de la comunalización**

Es una discusión que podría continuar sin resolución en los términos planteados por Álvarez, la persistencia o desaparición de una raza definida sólo según sus cualidades biológicas. Se muestra más productivo, con Claudia Briones, concebir los cambios étnicos como el que nos ocupa, a partir de los procesos de “*comunalización*”, es decir, formas y trayectorias de acción que promueven un sentido de pertenencia y [...] un sentido del devenir” (1998: 15). Este enfoque enfatiza a la aboriginalidad como “un cruce de caminos” de las nociones de raza y etnicidad, una conjunción que es más “histórica que conceptual”. Por ello interesa más el análisis histórico y social de cómo se han ido combinando, seleccionando y expulsando una complejidad de marcas biológicas y culturales (Ibidem: 19 y 20), que el estudio esencialista de la biología de los grupos o la presunción relativista de la originalidad cultural de los mismos, enfoques que se independizan de la presencia e influencia de las relaciones de poder a los que estuvieron y están sometidos en su devenir.

Briones destaca que “la diferencia racial es un principio organizador que opera de modos diferentes a las formas en que opera el lenguaje, la cultura, la religión o la clase social”, guiando “[...] el pensamiento y práctica de individuos y grupos que responden a su subordinación mediante una acción individual o colectiva que apunta a contrabalancear, transponer o transformar situaciones de asimetría racial” (Ibidem: 37).

Por tanto, dentro de comunidades asumidas como multi- raciales -especialmente en aquellas donde una hegemonía racialmente fundada genera y reproduce discriminación y desigualdad negando su existencia y promoviendo, al mismo tiempo, una falsa premisa de igualdad racial- la conciencia de los sujetos pone mayor énfasis en factores raciales, por la desproporcionada influencia que esos factores tienen sobre las diferencias basadas en la clase, el género u otras disyunciones (Ibidem: 37).

Anoto para este caso que el conflicto racial es anterior y de mayor poder organizador que la adscripción nacional (chilenidad o argentinidad), una de esas “otras disyunciones”. De tal manera, muchos pehuenches ya estrechamente emparentados con los veranadores y que compartían con ellos el *habitus* desde largo tiempo, encontraron en la transmutación racial la solución al conflicto interétnico, en el que llevaban la peor parte. Mientras un “indio” nunca podría ser considerado “argentino” dentro del nuevo imaginario predominante, un “chileno” sí podría ser asimilado, aunque subordinado, a las relaciones de poder recién arribadas.

Atendiendo a la autoconciencia racial como uno de los factores que define la etnicidad -se es lo que se cree que es- en pocas generaciones el conjunto de los *veranadores* perdió en gran medida la propia percepción de su quantum de sangre pehuenche. Siempre se supieron mestizos, pero un apellido como Cabral suponía una proporción mayoritaria de sangre blanca; por lo tanto Cabral era “blanco” y lo aborígen era minimizado en la construcción de la identidad. En ese sentido, varias generaciones después de la conversión de Carinao en Cabral, esta familia se habrá sentido genuinamente blanca y no pehuenche, independientemente del quantum de sangre pehuenche imposible de medir. Opacada la memoria de la transmutación, los nietos y bisnietos de los últimos Carinao, al ser nombrados Cabral, eran y siguen siendo Cabrales legítimamente blancos y cristianos.

Paradójicamente, con la construcción que las personas y los grupos hacen de su identidad a partir de las interacciones étnicas y las estrategias de supervivencia en condiciones de subordinación aparece la posibilidad de que la autoconciencia sobre su racialidad varíe en el tiempo. Si se producen modificaciones en las estructuras de dominación económica, política e ideológica impuestas por los grupos hegemónicos, a la vez emergen concomitantes procesos de autorreflexión que pueden producir cambios en la conciencia individual sobre la racialidad (Briones, 1998). Es lo que está sucediendo con los *veranadores* a partir del impulso disgregador que la modernidad produce en los imaginarios tradicionales, lo que hace emerger una revalorización de los componentes raciales aborígenes, por largo tiempo reprimidos en la conciencia y los relatos de los actores. Antes

una marca estigmatizante, hoy el reconocimiento de un difuso porcentaje de sangre indígena se ha convertido en la manifestación de una identidad redescubierta, productora de nuevos sentidos positivos: “mi abuelita era pehuenche” (Violeta Acuña, LN); “hemos de ser un poco indios, nomás” (Entrevista a Atilio Alarcón, canta-autor y veranador de Huaraco, LN); “los Antiñir son primos míos” (Entrevista a Alfredo Urrutia, LN). El propio himno neuquino proclama: “Humilde y mestizo sigue siendo raíz”.

El cambio de apellidos fue un proceso de homogeneización étnica, donde los contenidos raciales fueron reprimidos, ocultados y olvidados con el efecto significante de los gentilicios hispánicos. Parafraseando a Gregorio Álvarez, las “acciones que llevaron a la extinción de los pehuenches” no fueron las bélicas, sino las propias estrategias de selección-absorción-expulsión de elementos culturales, verbigracia los apellidos. Así se explica mejor la desaparición de las tribus en todo el noroeste neuquino, entendida no como aniquilamiento, sino como subducción en la etnicidad de los *veranadores*.

Claro que la extinción por eliminación física es una “acción” irreversible, en cambio las demarcaciones étnicas son operativamente reversibles: quién “fue” pehuenche puede volver a serlo.

## **Bibliografía**

- Alegría, Héctor, “Trashumancia: de la Mesta a la Nuestra”. Edición propia, Chos Malal, Neuquén, 2002.
- Barrado, Vicente (Director), “Cochico. Diagnóstico y Plan de Desarrollo”. Ministerio de Obras y Servicios Públicos, Provincia del Neuquén, 1988.
- Álvarez, Gregorio, “El Tronco de Oro”. Siringa Libros, Neuquén, 1981 (1968).
- Álvarez, Gregorio, “Neuquén. Historia, geografía, toponimia” (Seis tomos). Gobierno de la Provincia del Neuquén, Neuquén, 1971-1991.
- Bendini, Mónica (Directora), “El trabajo trashumante en la Provincia del Neuquén”. Universidad Nacional del Comahue, Facultad de Ciencias Sociales y Consejo de Planificación para el Desarrollo de la Provincia del Neuquén, Neuquén, 1985.
- Bendini, Mónica (Directora), con prólogo de Murmis, Miguel, “Campesinado y ganadería trashumante en Neuquén”. Grupo de Estudios Sociales Agrarios, Universidad Nacional del Comahue, Editorial La Colmena, Buenos Aires, 1994.
- Briones, Claudia, “La alteridad del Cuarto Mundo. Una reconstrucción antropológica de la diferencia”. Ediciones del Sol, Serie Antropológica, Buenos Aires, 1998.
- Cayol, Rafael, “Vocabulario picunche-gauchosco del Neuquén”. Edición propia, Neuquén, 1985.
- COPADE, Secretaría de Estado del, “Diagnóstico Socio-económica de la Provincia del Neuquén”, 1964.
- Curruhinca, Curapil y Roux, Luis, “Las matanzas de Neuquén. Crónicas mapuches”. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1993.